

HUELLA MNÉMICA

Al.: Erinnerungsspur o Erinnerungsrest. Fr.: trace mnésique. Ing.: mnemitrace o memory trace. It.: traccia mnemonica. Por.: traço o vestígio mnêmico. Término utilizado, por Freud, a lo largo de toda su obra, para designar la **forma en que se Inscriben los acontecimientos en la memoria**. Las huellas mnémicas se depositan, según Freud, en diferentes sistemas; **persisten de un modo permanente**, pero **sólo son reactivadas una vez catectizadas**. El concepto psicofisiológico de huella mnémica, de constante empleo en los textos metapsicológicos, implica una concepción de la memoria que Freud nunca expuso de un modo global. Es por ello que se presta a interpretaciones erróneas: un término como el de huella mnémica no sería otra cosa que el heredero de un pensamiento neurofisiológico periclitado. Sin pretender exponer aquí una teoría freudiana de la memoria, recordaremos las exigencias de principio que se hallan subyacentes al hecho de que Freud tomase este término de huella mnémica: **Freud se propone situar la memoria dentro de una tópica y explicar su funcionamiento en términos económicos**. La necesidad de definir todo sistema psíquico por una función y hacer de la **Percepción-Conciencia la función de un sistema particular (véase: Conciencia)** conduce al postulado de una **incompatibilidad entre la conciencia y la memoria**: «No nos resulta fácil creer que persistan huellas duraderas de la excitación también en el sistema Percepción-Conciencia. Si permanecieran siempre conscientes, **limitarían pronto la capacidad del sistema de recibir nuevas excitaciones**; pero si, por el contrario, se volvieran inconscientes, nos hallaríamos en la obligación de explicar la existencia de procesos inconscientes en un sistema cuyo funcionamiento se acompaña, por otra parte, del fenómeno de la conciencia. Por así decirlo, nada habríamos cambiado ni ganado con nuestra hipótesis que localiza el hecho de volverse consciente en un sistema particular». Es ésta una idea que se remonta a los orígenes del psicoanálisis. Breuer la expresa por vez primera en los Estudios sobre la histeria (Studien über Hysterie, 1895): «Resulta imposible que un solo y único órgano cumpla estas dos condiciones contradictorias. El espejo de un telescopio de reflexión no puede al mismo tiempo ser una placa fotográfica». Freud intentó ilustrar esta concepción tópica mediante comparación con el funcionamiento de un **«bloc de notas mágico»**. Freud introduce distinciones tópicas en el seno de la misma memoria. **Un acontecimiento determinado es inscrito en diferentes «sistemas mnémicos»**. Freud propuso varios modelos, más o menos figurados, de esta estratificación de la memoria en sistemas. En los Estudios sobre la histeria, compara la organización de la memoria con **complicados archivos en los que se ordenan los recuerdos según distintos**

modos de clasificación: orden cronológico, ligazón en cadenas asociativas, grado de accesibilidad a la conciencia. En la carta a W. Fliess del 6-XII-1896 y en el capítulo VII de La interpretación de los [sueños](#) (Die Traumdeutung, 1900), se vuelve a exponer, en una forma más doctrinal, esta concepción de una sucesión ordenada de inscripciones en sistemas mnémicos: la distinción entre **preconsciente e inconsciente se asimila a una distinción entre dos sistemas mnémicos**. Todos los sistemas mnémicos son inconscientes en sentido «**descriptivo**», **pero las huellas del sistema Ics son incapaces de llegar como tales a la conciencia**, mientras que los **recuerdos preconcientes** (la memoria, en el sentido usual del término) pueden actualizarse en una determinada conducta. 3) La concepción freudiana de la **amnesia infantil** puede aclarar la teoría metapsicológica de las huellas mnémicas. Ya es sabido que, para Freud, si no recordamos los acontecimientos de los primeros años de la vida, ello no es debido a una falta de fijación, **sino a la represión**. En general, todos los recuerdos quedarían inscritos, **pero su evocación dependería de la forma en que actúan sobre ellos las catexis, contracatexis y retiro de las catexis**. Esta concepción se basa en la distinción, evidenciada por la clínica, entre la **representación y el quantum de afecto**: «En las funciones psíquicas, está justificado diferenciar algo (quantum de afecto, suma de excitación) [...] que puede aumentar, disminuir, desplazarse, descargarse y que se extiende sobre las huellas mnémicas de las representaciones en forma comparable a como lo hace una carga eléctrica en la superficie de los cuerpos». Como puede verse, la concepción freudiana de la huella mnémica difiere claramente de una concepción empirista del engrama definido como impresión que se asemeja a la realidad. En efecto: 1.º **La huella mnémica se [inscribe](#) siempre en sistemas, en relación con otras huellas**. Freud intentó incluso distinguir los diferentes sistemas en los que un mismo objeto inscribe sus huellas, según los tipos de asociaciones (**por simultaneidad, causalidad**, etc.). Por lo que respecta a la evocación, **un recuerdo puede ser reactualizado dentro de un determinado contexto asociativo**, mientras que, tomado en otro contexto, resultará inaccesible a la conciencia (véase: Complejo). 2.º Freud tiende incluso a negar a las huellas mnémicas toda cualidad sensorial: «Cuando los recuerdos vuelven a ser conscientes, **no comportan cualidad sensorial, o muy poca en comparación con las percepciones**». En el Proyecto de [psicología](#) científica (Entwurf einer Psychologie, 1895). cuya orientación neurofisiológica justificaría, en apariencia, la asimilación de la huella mnémica a la imagen «simulacro», es donde se patentaría mejor la originalidad de la teoría freudiana de la memoria. En efecto, en dicho texto Freud intenta explicar la [inscripción](#) del recuerdo en el aparato neuronal sin recurrir a una

semejanza entre las huellas y los objetos. La huella mnémica no es más que una disposición especial de facilitaciones que hacen que una determinada vía sea seguida con preferencia a otra. Tal funcionamiento de la memoria podría relacionarse con lo que se llama «memoria» en la teoría de las máquinas cibernéticas, construidas según el **principio de oposiciones binarias**, de igual modo que el aparato neurónico, según Freud, se caracteriza por bifurcaciones sucesivas. Conviene señalar, sin embargo, que la forma en que Freud, en sus escritos ulteriores, habla de las huellas mnémicas (utilizando a menudo como sinónimo el término «imagen mnémica») muestra que se vio inducido, cuando no aludía al proceso de su formación, a hablar de ellas como de reproducciones de las cosas en el sentido de una psicología empirista.

H o r d a p r i m i t i v a

(fr. horde primitive; ingl. horde of brothers; al. Brüderhorde). Teoría expuesta por Freud para dar cuenta de la persistencia de ciertas realidades psíquicas. El mito de la horda primitiva descrito por Freud en Totem y tabú (1912-13) es el siguiente: en el origen existía una horda en la que un macho jefe reinaba sobre sus hijos y tenía el monopolio de las mujeres. Los machos jóvenes se rebelaron y mataron al macho viejo. En el après-coup, los remordimientos y el temor invistieron a este viejo jefe con el nombre de padre y, correlativamente, a los jóvenes con el nombre de hijos. Tras el asesinato del padre, los hijos comieron su cuerpo, comida canibática que después se perpetuaría en la comida totémica, donde la víctima consumida es un animal. La trama de esta ficción, además de permitir asignar el origen de las religiones y de la cultura en general a la represión inicial del asesinato del padre, constituye una construcción teórica sobre la cual se fundaría el complejo de Edipo, que parece reactivar, en cada sujeto, la cuestión del asesinato del padre y de su represión, y, en la perspectiva lacaniana, la problemática del falo y de la metáfora paterna. Al no confirmar la antropología la concepción freudiana de la horda primitiva, este mito aparece más como un concepto operatorio que como la descripción positiva de una realidad empírica. Sin embargo, permite explicar la referencia frecuente a un ancestro común del que los miembros del grupo serían descendientes.

E x p e r i e n c i a d e s a t i s f a c c i ó n

Al.: Befriedigungserlebnis. Fr.: expérience de satisfaction. Ing.: experience of satisfaction. It.: esperienza di soddisfacimento. Por.: vivência de satisfagilo. Tipo de

experiencia originaria postulado por Freud, consistente en el apaciguamiento, en el lactante, gracias a una Intervención exterior, de una tensión Interna creada por la necesidad. La imagen del objeto que satisface adquiere entonces un valor electivo en la constitución del deseo del sujeto. Podrá ser recatectizada en ausencia del objeto real (satisfacción alucinatoria del deseo). Guiará constantemente la búsqueda ulterior del objeto que satisface. La experiencia de satisfacción no constituye un concepto usual en psicoanálisis, pero hemos creído que, definiéndolo, podríamos aclarar algunos puntos de vista freudianos que son clásicos y fundamentales. Fue descrito y analizado por Freud en el [Proyecto](#) de psicología científica (Entwurf einer Psychologie, 1895); también cita ese concepto, en varias ocasiones, en el capítulo VII de La interpretación de los sueños (Die Traumdeutung, 1900). La experiencia de satisfacción va ligada al «desamparo (Hilfflosigkeit) [original](#) del ser humano». El organismo no puede provocar la acción específica capaz de suprimir la tensión resultante del aflujo de las excitaciones endógenas; esta acción requiere la ayuda de una persona exterior (por ejemplo, suministro de alimento); el organismo puede entonces suprimir la tensión. Más allá de este resultado actual, la experiencia implica varias consecuencias: 1) En lo sucesivo la satisfacción queda unida a la imagen del objeto que ha procurado la satisfacción, así como a la imagen motriz del movimiento reflejo que permitió la descarga. Cuando aparece de nuevo el estado de tensión, la imagen del objeto es recatectizada: «[...] esta reactivación [el deseo] produce ante todo algo similar a la percepción, es decir, una alucinación. Si entonces se desencadena el acto reflejo, inevitablemente se producirá la decepción». Ahora bien, en una fase precoz del desarrollo, el sujeto no es capaz de cerciorarse de que el objeto no se encuentra realmente allí. Una catexia demasiado intensa de la imagen produce el mismo «indicio de realidad» que una percepción. 2) El conjunto de esta experiencia (satisfacción real y satisfacción alucinatoria) constituye el fundamento del deseo. En efecto, el deseo tiene su origen en una búsqueda de la satisfacción real, pero se forma según el modelo de la alucinación primitiva. 3) La formación del yo viene a paliar el primer fracaso del sujeto en distinguir entre una alucinación y una percepción. Por su función inhibitoria, impide que la recatectización de la imagen del objeto que satisface sea demasiado intensa. En La interpretación de los [sueños](#), Freud describe en forma análoga la vivencia de satisfacción y sus consecuencias, aportando a este respecto dos nuevos conceptos, identidad de percepción e identidad de pensamiento: el sujeto busca siempre, por caminos directos (alucinación) o indirectos (acción orientada por el pensamiento) una identidad con «la percepción que quedó unida a la satisfacción de la necesidad». En los trabajos ulteriores, ya no se menciona explícitamente la experiencia de

satisfacción. Pero las concepciones de Freud serán siempre las inherentes a esta noción. Remitimos en especial al lector al comienzo del artículo Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico (Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens, 1911), y a La negación (Die Verneinung, 1925). En este último texto, Freud subraya una vez más el carácter irreductible de la satisfacción originaria y su función decisiva en la búsqueda ulterior de los objetos: «[...] lo que determina la institución de la prueba de realidad es el hecho de haber perdido los objetos que anteriormente habían proporcionado una satisfacción real». La experiencia de satisfacción (real y alucinatoria) constituye el concepto fundamental de la problemática freudiana de la satisfacción: en ella se articulan el apaciguamiento de la necesidad y el cumplimiento del deseo (véase: **D e s e o ; F a n t a s í a**) .

S í n t o m a

Freud tuvo la suerte de partir del síntoma, y por lo tanto de lo que no anda. No se trataba para él de medirlo con la vara de una salud mental cuyo carácter de ideal es incluso problemático, puesto que resulta imposible conceptualizarlo; tampoco se trataba de especular sobre él a la manera de un filósofo. En efecto, lo que lo guía es una práctica: la corrección, proveniente de lo real, es en este caso permanente. Felizmente también, ese síntoma era, como se sabe, histórico. Ahora bien, ¿qué es lo que se da a entender en la histeria, sino el sujeto cuando no puede funcionar o está imposibilitado de expresión? Lo haya querido o no, Freud se encontró así enfrentado al enigma moderno por excelencia, el de los límites del poder de la palabra, y por lo tanto de la apropiación de sí y del objeto. Estos límites, ¿son contingentes -histórica, culturalmente determinados, incluso reservados a un sexo- o bien necesarios? En tal caso, ¿qué necesidad revelarían? Así se abrió un debate entre «enfermedad» y «curación», puesto que ésta implica (cf. el complejo de Edipo) un reconocimiento del límite imperioso de ese poder. La «curación» parece así depender del síntoma por destinación, en tanto ella necesita la renuncia al objeto de elección y, al mismo tiempo, a serlo. La «enfermedad», en cambio, parece ligada a la tentativa de evitar esa limitación, la limitación que el mito edípico hará llamar «castración», puesto que el acceso al ejercicio sexual pasa por una renuncia al deseo originario. El síntoma neurótico, en sentido estricto, es así producido por el rechazo de la coacción que exige el acceso a la vida sexual, el rechazo del renunciamiento desdichado que ella demanda. Al mismo tiempo que

causa inhibición o . angustia, alimenta un goce llamado pregenital, ordenado en todo caso en torno a los orificios del cuerpo, y cuya fijación puede hacer obstáculo a la cura. ¿Por qué la «curación» pasaría por la pérdida de un objeto esencialmente ligado al cuerpo y cuyo ocultamiento puede parecer que vale más que el hipotético y torpe goce sexual prometido? En El malestar en la cultura, Freud subraya esta incapacidad del hombre, animal desnaturalizado, para acceder a una sexualidad que sea menos incierta, menos ambigua, menos conflictiva. El lugar del síntoma se encuentra así desplazado para tener que ver con las condiciones generales de nuestro acceso al sexo. Y si es cierto que el inconsciente es efecto de lenguaje y que la cura no tiene más medios que los de la palabra, si la formación neurótica se deja descifrar como una concreción literal, y si la pulsión es del orden de un montaje gramatical, conviene reconocerles a las propiedades de la lengua el poder de determinar nuestro destino, sintomático en todos los casos. La lengua, ¿no marca nuestras relaciones sociales con una falta comparable, si es cierto que cava el lugar del explotador ávido de capitalizar la plusvalía (Mehrwert) que falta en toda retribución «justa» del trabajo? Marx había recortado la plusvalía en el principio de nuestro funcionamiento social, como síntoma que lo organiza. La cuestión que, para Lacan, cierra su recorrido, interroga la inevitabilidad de esa falta, lo que ella le debe a nuestro amor al Padre. El nudo borromeo, figura topológica notable porque solidariza tres nudos que se vuelven separables cuando se rompe uno de ellos, ilustra para él la posibilidad de que se mantengan juntas las categorías de lo real, lo simbólico y lo imaginario sin que las hilvane un cuarto, el del Nombre-del-Padre y también del síntoma. ¿Viviremos algún día esta trinidad nueva y exclusiva? Lacan, en todo caso, no hizo de ella un mensaje ni una buena nueva, y desapareció sin poder concluir mejor.

T r a u m a

Una observación inicial importante: en Freud, siempre se trata de trauma, no de traumatismo. Por lo tanto, se podría admitir una distinción: traumatismo se aplica al hecho exterior que golpea al sujeto, y trauma al efecto producido por ese hecho en el sujeto, y más específicamente en el dominio psíquico. Desde el punto de vista histórico, el trauma ocupa un lugar fundamental en el psicoanálisis, en particular el trauma de orden sexual, tal como surge de los Estudios sobre la histeria: agresión de las hijas por los padres (o sustitutos) incestuosos. Sobre lo que entonces le parecen hechos reales, Freud basa su primera teoría de la seducción (su «neurótica»), abandonada en 1897, cuando advierte la importancia del fantasma

incestuoso en las pacientes histéricas. Están vinculadas al trauma las nociones capitales de amnesia y represión, de a-posteriori [après-coup], de lo latente y lo manifiesto. Se pone el acento en el aspecto energético, económico, del proceso: las experiencias traumatizantes deben su fuerza patógena al hecho de que producen cantidades de excitación demasiado grandes como para que las asimile el aparato psíquico. El conjunto se basa en el principio de constancia. La terapéutica utiliza primero la idea de una «evacuación» posible del trauma, recordado y revivido en sesiones de hipnosis: la catarsis. Ante las insuficiencias y fracasos de este método, Freud inaugura un nuevo modo de tratamiento: el psicoanálisis. Más tarde, al aumentar la importancia atribuida a la actividad fantasmática, los traumas identificados se diversifican. Así, por ejemplo, se los volverá a encontrar en las neurosis de guerra que el conflicto mundial de 1914-1918 dio la oportunidad de observar, o en las situaciones de peligro inevitable que vive el ser humano, entre otras la inmadurez neonatal. Sea como fuere, en Inhibición, síntoma y angustia, Freud continúa subrayando el hecho de que el trauma está ligado al estado de impotencia o de desamparo del organismo receptor. El factor individual o subjetivo aparece por lo tanto en el primer plano, y explica la diferencia de reacción de los sujetos ante una misma situación catastrófica. No es menos cierto que, en lo concerniente al trauma y a medida que el psicoanálisis se desarrollaba, la atención se fue dirigiendo de manera preferencial, según las épocas y los autores, hacia los acontecimientos particulares de la historia personal, o bien hacia sus acontecimientos universales, o incluso hacia acontecimientos colectivos de la historia con sus repercusiones individuales y su transmisión a través de las generaciones; para el estudio psicoanalítico lo importante es ubicar en su justo lugar el abordaje eventual del efecto trauma, con las consideraciones terapéuticas i m p l í c i t a s .

Así, si bien actualmente es impensable encarar la patología psicoanalítica del trauma sin evocar, entre otros hechos, el genocidio judío y sus repercusiones en los sobrevivientes y sus descendientes, también se tiende a subrayar el trauma, inevitable y de un orden totalmente diferente, que constituye para cada ser humano su separación respecto de la madre: trauma «archi originario» -sobre el que Ferenczi ya había llamado la atención- de huellas imborrables y que no es extraño al desarrollo del pensamiento. El trauma no ha dejado de atraer la atención de los autores a lo largo de la historia del psicoanálisis (desde Freud, y después Rank y Ferenczi) y la noción fue retomada desde diferentes ángulos. Se pueden identificar en estas investigaciones dos grandes tendencias: una atención concentrada en el acontecimiento traumatizante, en su «realidad» y su reconocimiento por el terapeuta, por un lado, y por el otro, la preferencia asignada

a la actividad fantasmática, en el orden de la realidad psíquica, en tomo al hecho del que se trata. Consideraciones de naturaleza terapéutica deberían permitir hallar un término medio entre estas dos actitudes: en efecto, la repetición desempeña un papel principal en el trabajo psíquico del trauma; incluso cuando en la personalidad se producen escisiones que preservan sectores sanos, persisten fijaciones que hacen volver al sujeto al acontecimiento traumatizante y traban su desarrollo o determinan síntomas. Por lo tanto, el objetivo consistirá, no sólo en recordar y repetir para llevar a la conciencia un hecho reprimido patógeno, sino también en reelaborar (*durcharbeiten*) el recuerdo así reconstituido (cf. el artículo de Freud que lleva estas tres palabras como título). La situación psicoanalítica, con la transferencia que en ella se desarrolla, parece uno de los marcos en los que puede efectuarse este proceso, si se considera la transferencia como una relación que no sólo repite vínculos antiguos sino que también introduce, gracias al análisis de la contratransferencia, el indicio de algo nuevo con lo que tropezará el trayecto neurótico. Así puede realizarse la subjetivación mediante la cual, en la actividad de su relato, el sujeto se apropia de su historia.